

Kevin Chen. (2018). «La novena piltrafa, un lichi lozano» («Huaidiao de Laojiu, Feimei de Lizhi»). En *Dijiu ge Shenti (El Noveno Cuerpo)*. Taipei: Jiuge Chubanshe.

Traducido por Alberto Poza Poyatos

## «La novena piltrafa, un lichi lozano»

Mucha gente dice que no parezco de pueblo.

Nací en 1976, en el callejón Bade del municipio de Yongjing, condado de Changhua, soy el noveno hijo de la familia Chen. Mi padre fue el primogénito de una familia de agricultores y sobre él recayó la enorme presión de tener hijos. Junto con mi madre, tuvieron siete niñas, una detrás de otra, lo que les situó en lo más bajo del sistema familiar patriarcal. Su determinación hizo que en octavo lugar naciera mi hermano. Se lanzaron petardos, llegó un tsunami de felicitaciones, ¡al fin mi madre podría dejar de parir! O eso pensaron mis siete hermanas, que creyeron que mis padres habían cumplido ya con la obligación patriótica de reproducirse. No podían imaginarse que su madre, esa mujer ya entrada en años que aún se recuperaba del anterior parto, volvía a estar embarazada. Mis rizos espesos y el repicar de mi llanto estaban a punto de llegar al mundo. Mi padre repetía que *un hombre, un tsa-poo-lâng, no podría con siete hermanas*, y este miedo les animó a jugársela de nuevo con la esperanza de que mi hermano no estuviera solo.

A menudo los lectores me preguntan por qué escribo, o cuál es mi primer recuerdo escribiendo, y sin duda es mi familia. Podría decirse que mi experiencia con la escritura se remonta a cuando tenía siete u ocho años y en el colegio empezábamos a leer y escribir. Los cuadernillos de escritura se me quedaban cortos, cuando ya los había usado, los daba la vuelta y seguía practicando en el reverso en blanco. También era un apasionado de la interpretación, ya en la escuela infantil me encantaba subir al encerado a recitar, y en primaria me hice asiduo a los concursos de teatro. En mi cabeza siempre había muchas historias que contar o que dejar por escrito. Escribí mi primera novela en cuarto de primaria, estaba inspirada en mi familia, el bullicio y la escandalera de once personas conviviendo en una pequeña casa del condado de Changhua pusieron voz a la historia.

Mi padre fue un joven atractivo, era una persona taciturna y de pocas palabras. Apenas dormía, cultivaba el campo, vendía pesticidas, y conducía una furgoneta para mantener a la familia. Tras mucho trabajar, en su madurez le diagnosticaron un cáncer de hígado, y aún sin quimioterapia sobrevivió diez años. Mi madre vivía junto a toda la familia en una casa tradicional de tres pabellones en torno a un patio, pariendo hijas sin parar y relegada a lo más bajo por una sociedad patriarcal y lamentablemente misógina.

La mayor de mis hermanas escapó a Shalu en Taizhong antes de terminar el instituto para trabajar en una fábrica. Ha pasado toda la vida delante de una máquina de coser, trabajando sin descanso hasta hoy. Mi segunda hermana es de personalidad extrovertida, viene equipada con un micrófono de serie en la garganta, y tan pronto está cocinando para los demás como está por la calle sacudiendo con la espátula a los hombres que la dicen groserías. Mi tercera hermana ha heredado la empresa de reparto de mi padre y transporta madera en su camión. Mi cuarta hermana es la única hija de la familia Chen que ha recibido educación superior, en los tiempos

en los que la economía iba mal y toda la actividad familiar se circunscribía a los límites del mapa de Changhua o Yunlin, ella se marchó sola a Taipéi para ir a la universidad. A mi quinta hermana casi la cría otra familia, era una niña dulce y educada, profesora de educación infantil y con un imán para los niños; ahora es niñera. La sexta se marchó a Pingdong para casarse, fue víctima de violencia de género y una luchadora incansable; ha vendido tazones de *uánn-kué*, se ha metido a hacer carrera en el sector bancario, y ha abierto un restaurante de desayunos. Mi séptima hermana es una rebelde, me acuerdo perfectamente que nunca dudaba en llevar la contraria a mi padre, vestía con ropa de estilo occidental de color rosa y tenía citas con chicos. Cuando tenía 17 años, la atropelló una hormigonera. Después del funeral, pasó un año entero sin que se escuchase una risa en casa, y esto puso fin a mi niñez. Mi hermano, como había sido el primogénito, era el más mimado. Aunque era de complexión fuerte, sus compañeros de colegio se metían con él por ser bajito. Fuera de casa era frágil, pero dentro un bruto. De mayor contrajo deudas, legales e ilegales, y tuvo que esconder a su familia, nadie sabe dónde.

En cualquier familia de agricultores las historias se amontonan, pródigas y fecundas. Los colores de la familia Chen que plasmo en mi escritura deben su intensidad a 17 niños llamándome tío, a tantas bodas y funerales, risas y llantos, peleas por las propiedades, y hermanos que dejan de hablarse. Algunos escritores de la generación anterior me aconsejaron que moderase los hechos al narrarlos. Menos mal que, al ponerme a escribir, se me hacía imposible subvertir mi paleta de colores: tenía que contar las explosiones, los temporales, los gritos. Qué le voy a hacer si las historias que habitan mi cuerpo son así de exageradamente sabrosas, cómo voy a reducirlas a la elegancia del minimalismo.

El perfume de las historias de mis familiares es tan profundo, ¿y yo? Yo soy el resultado de un golpe de suerte cuando hace unos años, mis padres decidieron volver a jugársela. Era evidente que en casa no había dinero para otro hijo, pero aun así decidieron intentar añadir otro varón a la familia Chen. Si lo miramos desde la perspectiva actual, se la jugaron y perdieron, yo no soy más que la novena piltrafa, un desecho para una familia de agricultores.

Perdieron porque puse toda mi energía en marcharme. El hogar familiar deja una marca distinta en el cuerpo de cada persona, y en mi caso dejó cicatrices. Yo soñaba con la ciudad, con películas europeas, viajes culturales, libertad sin ataduras, Nueva York, París. Me dan miedo el campo, las serpientes del pueblo, los mayores cuando me decían que estudiar teatro no tenía salidas, el conservadurismo de la generación de mi padre, los bribones que controlan los templos, los mosquitos negros al anochecer, la mujer fantasma entre el bambú. Me marché a Alemania, me separé de mi hogar familiar por los miles de kilómetros que separan Berlín de mi pueblo y así, conseguí tranquilizarme. Escribí *Qu Guomin de Sanzhong Fangfa (Tres Formas de Escapar de la Alergia)*, una novela ambientada en Yongjing donde hablo de mi infancia, del hermetismo y del asfixiante conservadurismo. Este caso perdido de noveno hijo había escrito un libro criticando su pueblo natal.

Soy un desecho; no me caso, no tengo hijos, y soy gay. Crecí en un ambiente machista en el que desde un primer momento mis padres decidieron tratar a sus hijos de forma desigual, dejando todas las propiedades de la familia en herencia a los hijos varones mientras que a las hijas sólo les dejaban la responsabilidad de firmar su consentimiento sin reservas a esta cesión. Tras mudarme a Taipéi recibí educación sexual, en la universidad leíamos ensayos feministas y de teoría de género, y gracias a estos conocimientos empecé a cuestionarme las cosas. Entendí que mi hermano era el producto perfecto de una educación tradicional machista. En seguida se casó, tuvo un hijo varón a la primera, era estricto con las mujeres y temía todo lo nuevo, creía en la gloria inherente de ser el primogénito, en la superioridad masculina, y en que había que rezar

en todos los templos que uno se encontrase. Su único deseo era conducir un coche de marca. Yo sin embargo, había sufrido discriminación y violencia por mi orientación sexual, y los obstáculos que fui encontrando en el trayecto mientras trataba de sobrevivir y pasaba de odiarme a amarme me llevaron lejos. Lo tengo claro, tengo mucha, mucha suerte de ser gay, si no, no sería más que el segundo producto perfecto de la familia Chen. No lo soy, y me alegro.

La única forma que tengo de enfrentarme a mi familia y a los recuerdos del ambiente en el que crecí es escribiendo. Cuando todo parece nublarse, cuando el ruido ensordece y con los ojos abiertos sólo alcanzo a ver oscuridad, me siento a escribir. Escribir tiene el poder mágico de iluminar, las palabras se agolpan batallando en mi cabeza, hay tantas historias sobre mi familia con prisa por ser contadas, y al insuflarlas en una novela, las nubes que oscurecen mi infancia se disipan.

Me ha costado una cantidad exagerada de energía y el tener que despegarme de mi pueblo, pero ahora ya puedo escribir abiertamente sobre mi pasado, ya puedo hablar de Yongjing y de lo que es criarse en un hogar de agricultores. Al llegar a Taipéi para ir a la universidad, algunos compañeros se reían de que hablaba chino con acento del sur (realmente Changhua no puede considerarse el sur, pero con el tiempo entendí que todo lo que no es Taipéi es «el sur») así que, empecé a imitar el acento y la forma de hablar de mis compañeros de Taipéi, «corregí» mi pronunciación, me obligué a sonar como si fuera un «norteño» más. Mientras estudiaba en el departamento de inglés, me forcé a estudiar la pronunciación de la costa oeste de Estados Unidos, veía muchas películas estadounidenses, escuchaba la música que allí se escuchaba, *save the best for last*, distinguía claramente los distintos sonidos de la <e>. No dejaba de practicar. Una vez un papanatas me confundió con un *American Born Chinese* y me sorprendí fantaseando con lo que me parecía un ascenso de categoría social. Me cepillé el ruralismo con diligencia, aprendí a vestir como los de la capital, a llevar el pelo como ellos, a recortarme el vello de la nariz, a llevar lentillas, así hasta que dejé de parecer de pueblo.

Corrí tan lejos como pude, pero no importaba que ya no pareciera de pueblo, siempre había algo que me llevaba de vuelta, no pude deshacerme de él, Yongjing siempre me alcanzaba.

Un coche atropelló a mi madre a la salida de casa y tuve que volver desde Berlín, deshice a toda prisa los miles de kilómetros para llegar a tiempo al funeral. El crematorio, que estaba en una zona montañosa del centro de la isla, era un despropósito. Ni rastro de la esperada solemnidad. Los trabajadores iban vestidos de cualquier manera, mascullaban improperios con la boca llena de nuez de betel mientras empujaban los ataúdes al horno como si se tratara de una cadena de montaje. Ese día había muchos ataúdes en la hilera, y entre tanto desorden, no sabíamos cuándo sería el turno de lanzar al fuego el de nuestra madre, los mayores nos recordaban que llegado el momento teníamos que gritar hacia el horno *¡Mamá, que vas al fuego, márchate!*

Alcé la mirada entre los gritos, el humo gris y espeso de los cadáveres se escapaba por una chimenea, desvaneciéndose hacia lo alto de las montañas, allí se extendía un exuberante jardín de lichis.

Una vez cremado el cuerpo de mi madre, los trabajadores colocaron el cráneo sin dejar de masticar nuez de betel. En los crematorios de hoy en día no hay ningún tipo de orden, ¿cómo no iba a dudar si esa era la calavera de mi madre? ¡La probabilidad de error era altísima!

Aquel *tsa-poo-lâng* responsable de preparar la calavera para meterla en la urna lanzó un escupitajo de color rojo brillante al suelo y nos alcanzó unos palillos largos. *Según la tradición, debe ser el primogénito quien coja los palillos para meter la calavera en la urna, las hijas no*

*deberían tocarla.* Al escuchar esta absurda tradición machista, espeté: «¿y si no hay hijo?» *Aun así las mujeres no deberían tocarla, un pariente varón de la generación anterior tendría que encargarse.* Mi hermano agarró los palillos y recogió la calavera sin mayor dilación, me los pasó y yo saqué la calavera de mi madre, pero cuando tuve enfrente al tío con la boca llena de nuez de betel, de repente, me sentí vulnerable. Resulta que la muerte era así de poco solemne; sujetar unos palillos con la mano para cumplir con una superstición ridícula y sexista, y pensar que este absurdo había perdurado hasta nuestra generación. Te puedes molestar, puedes rebelarte, resistirte, pero al final todos acabamos como una calavera blanca en una urna; esta ha sido la lección más valiosa que me ha enseñado mi madre. No es que fuera una revelación, pero a partir de entonces me tomo las cosas con más optimismo y tranquilidad.

Al poco de fallecer mi madre, mi hermano hizo estallar una crisis familiar a cuenta de sus deudas, quería vender los terrenos de la familia para pagarlas. Una vez más, el bullicio de la familia Chen se preparaba para montar una escena.

Al final, volví al pueblo. Había huido lo más lejos posible, me había entregado a una libertad sin restricciones, pero siempre había un funeral que me obligaba a volver, a volver a ser de Yongjing. Mi cuerpo está marcado por las cicatrices de mi intento por desasirme, por liberarme y huir, pero el pueblo había apretado el paso. Tenía que seguir escribiendo.

Aquel día tras la incineración, di un paseo por la montaña con mis hermanas. El camino estaba lleno de puestos de venta de lichis. Aquí los lichis son especialmente carnosos, dulces y jugosos, son uno de los productos estrella de la isla y la ofrenda idónea para entregar a los ancestros. Me vino a la mente el furor de las llamas y el humo espeso de la carne sobre los árboles cargados de frutos.

Igual que la muerte hacía que los lichis crecieran lozanos, a mi Yongjing me hacía escribir.